

Trabajo

PERIÓDICO
SOCIALISTA

Año II :: Se publica los domingos :: Águilas, 12 de Junio de 1932 :: Redacción: Aranda, 17-bajo :: Precio 15 cts. :: Núm. 34

Al igual que el "Socialista", también hacemos una advertencia a los republicanos

Varios acontecimientos de estos últimos días, especialmente las elecciones en el Colegio de Médicos y en la Academia de Jurisprudencia, entrañan un alerta que, sin duda alguna, no han desoido los republicanos. Por lo que a nosotros se refiere, bien seguros estamos de que la reacción, si gana terreno, no será porque nos coja desprevenidos. Acaso no puedan decir lo mismo los republicanos. Republicanos hay que seстеan ya, como el mancebo de la fábula, excesivamente confiados. Que las derechas se van rehaciendo es exacto a todas luces. Y lo malo no es que avancen, sino que avancen, en parte, porque haya republicanos tan cándidos que se dejen conquistar el campo. La exaltación del señor Goicochea a la presidencia de la Academia de Jurisprudencia es un ejemplo típico de lo que ocurrirá si los republicanos no se mueven en la República con el brío y el entusiasmo que exige la afirmación de una victoria. La República es un hecho incontestable. Para que fuera posible una restauración monárquica, tendrían que ocurrir muchas cosas de calibre histórico. Estamos conformes. Pero sino tan peligrosa como una restauración, la denominación derechista en la República equivaldría a que se frustrara la revolución. Por todos los medios hay que impedir que esto suceda. Podemos impedirlo, si nos lo proponemos de veras, los republicanos y socialistas. Nosotros, al menos, estamos decididos a que la reacción pierda mil batallas. La actuación socialista se caracteriza actualmente en toda España, lo mismo que antes, por una intensa propaganda, llevada hasta los últimos rincones del país. Silenciosamente, en Centros obreros y Casas del Pueblo, se trabaja con denuedo por la nueva España. No sólo se trata de propaganda hablada, sino que se reparten circulares, folletos y libros.

Sin embargo, aquí estamos, en la brecha, dispuestos a ir mucho más lejos todavía. Había de ser nuestra situación doble o triplemente próspera, y no nos echaríamos en brazos de la dulce confianza. ¿Nos entienden los republicanos?

Con toda cordialidad, les decimos a los republicanos que aun no han podido emanciparse, en general, de lo que fué siempre un lastre en el republicanismo español. Desiduosos en su lucha contra la monarquía, huérfanos de capacidad creadora, inválidos en los momentos que reclamaban agilidad de los militantes antimonárquicos, los republicanos merecieron un día los rayos que fulminó contra ellos el gran Costa. Hasta los últimos meses de la monarquía no pudieron vertebrar los republicanos un movimiento de eficacia. Todo lo tenían por hacer. Ni organizaciones fuertes y disciplinadas, ni centros culturales que no fueran casinillos donde se rendía culto a Terpsícore. Con el advenimiento de la República, el republicanismo, de cierto, ha cambiado mucho. Las necesidades de la hora han galvanizado el sentido de la responsabilidad en aquellos núcleos políticos que lo habían perdido. La aptitud edificadora del republicanismo ha aumentado. Pero se nos antoja que todavía no se han emancipado del todo los republicanos de aquella cualidad psicológica que los definió durante la monarquía. Lo decimos con ánimo amistoso. Exigimos actividad proletaria, selección de los mandos, espíritu de sacrificio por la causa del nuevo régimen, energía frente a los avances de las derechas. Se tienen que preparar los republicanos para que hagan innecesaria la presencia socialista en el Gobierno. Nuestro destino no es compartir el poder. Nuestra ambición tampoco consiste en estar toda la vida haciendo una política republicana. Queremos abandonar el Gobierno; ceder nuestros puestos de alta responsabilidad a los republicanos. Pero tal como atalayamos hoy el panorama político, y a la vista de la composición de la Cámara, no vemos manera de desprendernos, los socialistas, de ese compromiso.

No cabe negar que existe cierta indolencia de los republicanos. En organismos donde se hallan numerosamente representados, triunfan las derechas. Valgan estas líneas de advertencia cordial a los republicanos.

De actualidad

SUGERENCIA

La verdadera insensatez, da lugar a los grandes atropellos. Una vez que éstos se cometen, su análisis arroja el siguiente resultado: inconsciencia. Pero la mayor estupefacción consiste cuando se ha apreciado el origen y en quien se ha producido que, casi siempre, es en aquellos que por ley natural deben ser más sensatos: lo uno, por sus años; lo segundo, por su convivencia con personas cultas y lo tercero, por el cargo que desempeñan. Estos tres factores, lógicamente, como la multiplicación de dos por dos son cuatro, estos deben dar un resultado inequívoco: consciencia. De no ser así se pueden considerar como fenómenos.

Desgraciadamente, estos fenómenos, donde más radio de acción tienen es en las grandes empresas por la razón del mayor número de agentes, pero donde muy particularmente estos fenómenos se desarrojan es en aquellos que, sin méritos que lo justifiquen, llegan a ocupar cargos que ni ellos mismos han soñado nunca ya que por regla general todo aquel que ha vivido con esa aspiración demuestra su sensatez en todos los órdenes de la vida. Pero aquellos que su cargo constituye un aborto, sus resultados no pueden ser otros que el atropello. De esta forma creen dominar mejor su cometido.

Una vez que llegan a estar más en contacto con el «amo», el orgullo se les esparce por todo el cuerpo hasta el punto que se consideran tan dueños como el «amo» o por lo menos como futuros herederos. Este orgullo les hace perder la memoria; olvidan hasta las más elementales reglas de educación; olvidan que, para llegar a un estado de madurez, antes han tenido que pasar por la lozanía que los años de la juventud proporciona y es más, hasta olvidan que antes fueron unos esclavos y si por lo menos esto lo recuerdan se creen con el derecho, dado a su poca conciencia, de obligar a que los demás sigan siéndolo. También pierden la memoria para recordar de que cuando ellos eran de inferior categoría cometían anomalías que los que hoy son lo que eran antes, no las cometen. El estado de ceguera que ellos sufrían en sus primitivos tiempos, su necesidad, les hace creer que lo sufren los de hoy sin darse cuenta que actualmente hay

una nube de oculistas que impiden esa ceguera. Es más, creen que con amedrantar a los explotados, sus inmoralidades, que son continuas, quedan impunes.

Hay que advertir que no son ellos los mayores culpables sino que una de las fuentes del mal que sufren es nacida, precisamente, por los mismos explotados que vienen a ser, casi siempre, los más inútiles, o los más egoístas, o los más desaprensivos por la razón de que en lugar de limitarse a cumplir con su cometido, guardando toda clase de respetos, se dedican a ir con el mensaje que sirve de adulación para quien le presta oído. Estos mensajeros son los que disfrutan de las simpatías hagan bien o hagan mal, pues, además del mensaje, con objeto de agradar más al jefe del Partido, nunca falta algo que agrade el paladar de éste.

Los que proceden en esta forma son los que estos sultanes miran con buenos ojos viendo en ellos al obrero fiel y cumplidor y más si entre estos obreros hay alguno que puede sacarlo de algún apuro, entonces, no digamos más.

Los otros, los que creen que no deben de hacer esto, los que consideran que las adulaciones son hipocresías y por tanto ruines y los que aunque quisieran por un rasgo de atención, solamente de atención, y, por desgracia, no pueden hacer ciertas cosas, son los que son tratados despóticamente, son los que no cumplen con su deber y los que sufren todos los sinsabores.

Pero haremos una observación que bien puede ser un consejo: en este mundo hay un refrán, que dice que todo se pega menos la hermosura y sería lamentable que se llegara a un final donde la inconsciencia de los de arriba prendiera en alguno de los de abajo y tuviera como resultado el encuentro de dos gonococos de una misma especie.

Este es el motivo que me induce a llamar a la reflexión a aquellos que puedan padecer de este mal para que se pongan en cura, pues de lo contrario, será una insensatez el que mañana puedan llamar inconsciente a aquel que hace todo lo posible por no contagiarse.

Rafael Carrillo

Junio 1932.

Para encontrar las últimas novedades hay que visitar a VINCETE CASANOVA JUAN

